
3 1761 086





Ayes del Alma.

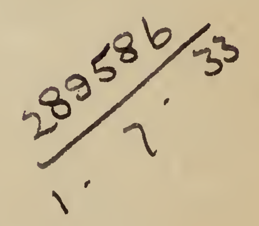
LS
C198ay

AYES DEL ALMA,

por

D. RAMON DE CAMPOAMOR.





MADRID:

BOIX, EDITOR.

IMPRENTA Y LIBRERIA, CALLE DE CARRETAS, NUM. 8.

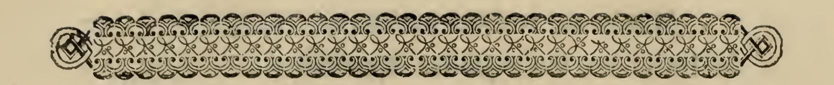
1842.

A DON

JUAN EUJENIO HARTZENBUSCH.

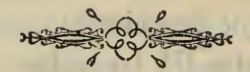
Usted que es el tipo del hombre moral perfecto; que asi como nos vence á todos en injenio, nos escede en poseer las cualidades en que estriba la verdadera virtud, reciba con la benevolencia que le es peculiar estos versos que, en pago de sus buenos consejos, le dedica el mas cariñoso de sus amigos

Ramon de Campoamor.



A LA REINA CRISTINA,

Restauradora de las Libertades Pátrias.



Italia...! Italia...! á tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de tí adorada;
la trajo el iris, y la lanza el trueno
cual hoja seca de aquilon llevada.

(Juan Donoso Cortés.)

ODA.

Lleva en paz esa nave
aura jentil que hácia el Oriente vuelas,
que nunca en pompa grave
á tu influjo suave
otra mas rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia en las rejiones apartadas
señalando su puerto,
por estas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adios, Reina querida;
si al ronco són del huracan que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida
feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
con esos ojos, que la paz vertian,
la tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides
que al dulce arrimo de tu amor crecian?

¿Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel ballestero
que amagó carnicero
la blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido,
que la proscribes con ardor bizarro,
recuerda cuando uncido,
como alazan vendido,
llevarte pudo à su triunfante carro.

Si dejaste beodo
la réjia frente de baldon sellada,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano;
hoy te alzas soberano,
y un vil rufian te azotará mañana.

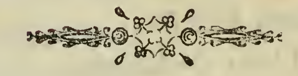
No apagues insolente
mi voz, porque la mísera fortuna
de una madre lamente,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en órjia placentera
tu criminosa hazaña:
¡Gloria al leon de España
que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones,
añada à sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena
ría la mar , ó que sus senos abra ,
aduérmete sin pena
al bronco són que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡ Ya abandonó à Castilla ! !
Cantad , hijos del Cid , la alta victoria :
en mí fuera mancilla ,
magüer que cual Padilla
me ajito en sed de libertad y gloria.



LA COMPASION.



LA COMPASION.



—¿Niña, por qué desvelada
suspiras con tal empeño?
—El por qué, madre, no es nada:
solo me siento hostigada
por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta
en la holanda, que el espanto
viendo las sombras se abulta.
—Asi derramaré, oculta
entre sus pliegues, mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,
llamarà el alba á la puerta.
—Pues vendrà en vano llamando,
que si ahora duermo soñando,
despues soñaré despierta.

—¡Ay que si el mundo ve ya
de una niña el mal profundo,
que es amor en decir da!
—Pues sus razones el mundo
para decirlo tendrà.

—¿Y en qué livianas razones
estriba el mal que te aqueja?
—En unas tristes canciones
que, de una lira á los sones,
alzaba un hombre á mi reja.

Entré aflijida en el lecho,
quedé traspuesta, y entonces
sonó un ruido á poco trecho,
¡qué cual llagaria el pecho
cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oirle, y la lira
no alegró la soledad;
y ahora mi pecho suspira,
no sé si porque es mentira,
ó porque no fué verdad.

—¿Mas quién alzó las querellas?
—Soñé que era un peregrino.
¡Ay de las tristes doncellas
si al proseguir su camino
puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mia,
cantaba en llanto deshecho?
—Y soñé que era el que un dia
buscó albergue en nuestro techo
por la tormenta que hacia.

Nieves y cierzo arrostrando,
húmedos ya sus despojos,
vino á la puerta llamando,
y yo se la abrí, mostrando
la compasion en los ojos.

—¿De cuándo acá te se alcanza
recordar tal desacuerdo?
—Dejadme en mi bienandanza:
¡bella será una esperanza,
pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
cuando la lumbre cercando,
entre ilusiones de gloria,
una historia y otra historia
me fué, amorosas, contando.

Siempre en ellas se moria
uno que á su ingrato bien
como á sus ojos queria :
mas no me contó que habia
hombres ingratos tambien.

Dióme con chistes discretos
conchas , cruces y regalos ,
y mágicos amuletos
que por instintos secretos
daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
me ponderaba halagüeño
en plàtica tan sentida ,
que cual si fuese beleño
me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre
prosiguió astuto aumentando,
hasta que el postrer vislumbre
débil lanzando la lumbre
se fué la sombra espesando...

—¿Por qué entonces de su fuego
rémora no fué tu calma ?
—Rendime á partido luego ,
porque acompañó su ruego
con un suspiro del alma.

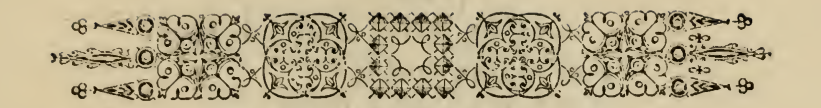
—¿Y fuiste, al rayar el dia,
su ruta, niña, à inquirir?
—En vano fuí, madre mia;
ya el sol derretido habia
la nieve que holló al partir.

Corriendo desalentada,
fuí de lugar en lugar.....
—¿Y qué hallaste, desgraciada?
—Al cabo de la jornada
hallé el placer de llorar.

—¿Cuál jenio, en tan triste dia,
á escuchar su frenesí
mas ciega que él te impelia?
—La *compasion*, madre mia.....
—¿Y quien la tendrà de tí?!...



VIVIR-MURIENDO.



VIVIR-MURIENDO.

Vivid, et est vitæ nescius ipsa suæ.
(Ovid.)

Al nacer me recibieron
la vida y la muerte en brazos;
y al ver tan opuestos lazos,
con torva faz prorrumpieron:

—«¿Qué buscas aqui, perdida?»
dijo à la vida la muerte.
—«¿Nació para tí, por suerte?»
dijo á la muerte la vida.

—«Dios, á mi eterna morada»,
responde aquella, «le envia.»
—«Soy, para entrarle en la mia»,
dice ésta, «de Dios enviada.»

=« Pues vuelva al seno de Dios,
y su justicia decida
si es de la muerte ó la vida »—
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo audaz cada una
presa en el mísero infante,
lleno de llanto el semblante
me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,
dudando mi fantasía,
si, antes de nacer, vivia,
ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando
desde mis pasos primeros,
cual dados en sus linderos
los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,
la mente desvanecida,
nombra desvelo à la vida,
y llama sueño á la muerte.

Ponen con locos empeños,
mis sufrimientos á prueba,
desvelos, si el sol se eleva,
si se alzan las sombras, sueños.

Y asi van al alma mia
sueño y desvelo asediando,
uno tras otro pasando
como la noche y el dia.

Si de la vida por suerte
el breve término dejo,
conmigo doy sin consejo
en el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos
forman la muerte y la vida,
que una en otra confundida
van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataud por fortuna
daré mi primer vajido?
¿ó por fortuna habrà sido
lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer por suerte,
¿á que me asedia la vida?
Y si ésta aun no está cumplida,
¿por qué me sigue la muerte?

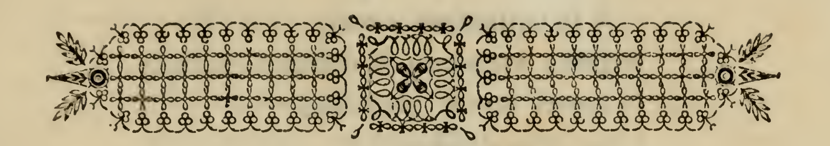
¿A dónde, en tan ciego abismo,
voy tras de ensueños que adoro,
tanto que entre ellos ignoro
si sombra soy de mí mismo?

¡ Sacadme ya , Dios clemente ,
de un abismo tan horrendo ,
ó eternamente muriendo ,
ó viviendo eternamente.



EL

CARRO DE LA FORTUNA.



EL
CARRO DE LA FORTUNA.



A mis amigos
RUBI, DONCEL y VALLADARES.

Llegad, los que os es dado
el carro avasallar de la fortuna,
y asaltadlo mal grado,
que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba, que hormiguea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el nombre solo.

A la eminencia suma
trepad, lanzando en oblacion cruenta
el tropel que la abruma,
y que viste de pluma,
del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese á su lloro,
del pedastal do sin pudor subieron
las hembras sin decoro,
que alas calzaron de oro,
y su virtud por escalon pusieron.

Abajo esos tribunos,
torpes ministros del doloso fraude,
que de su mal ayunos,
adulan importunos
al populacho vil que ahullando aplaude.

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el jentil ramaje.

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa mole
sobre ese pueblo erguido,
que imita conmovido
con hondo afan la condenada prole.

Marquen esos caballos,
fogosos siervos de la suerte impía,
con sus herrados callos,
todo al que, cual vasallos,
con riendas de oro à su placer los guia.

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvoredas;
y ora el carro ciando,
ora presto arrancando,
magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada
que en él subir á la maldad le plugo,
que del vicio hostigada,
tinta en sangre la espada,
ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en són horrendo
del desierto las càlidas arenas
con sangre humedeciendo,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos, y de ahitadas hienas.

Bajad con vituperio
viciosos mónstruos de infernal ralea;
ya cayó vuestro imperio,
que orlando el hemisferio
el pabellon de la justicia ondea.

LA
ESENCIA PERDIDA.



LA ESENCIA PERDIDA.



¡Ay de la flor que à la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento á la merced su pompa verde,
y à la del sol su delicada esencia!

¿Qué la importa que alegres en su vuelo
la acaricien las auras sonorosas,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia á respirar las mariposas?

¿Y á qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto, si finjiendo quejas,
la esquivaràn, pasando fujitivas,
cual yerba venenosa las abejas?

Seran desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra,
pudiendo deleitar, de las zagalas
la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verà mas entre la niebla umbría
las tiernas magas derramando amores,
cuando bajen, aromas y ambrosía
à beber en las copas de las flores.

¡ Ay del arbusto que se eleva erguido
à impulsos de la blanda primavera,
y es el oprobio del jardin florido
quien para ser su galardon naciera!

¡ Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante,
y un tierno adios de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosía,
como el alma su amor y su inocencia,
plácida flor de la esperanza mia
no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,
perdida en la ilusion de una quimera;
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mio, de tu mente el vuelo,
no imites en tu curso à los que viles,
por no asaltar en su altivez el cielo,
usurpan su mansion à los reptiles.

Aires mas puros con afan busquemos,
dejando el valle, en el alzado monte,
y embebecidos desde alli miremos
sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento,
porque bien sé que un paraiso mora
tras el turquí del azulado viento.

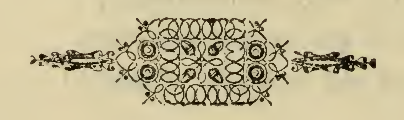
Y sé tambien que por alli cargados
se columpian los céfiros de azares,
que son los yermos deliciosos prados,
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores;
tiende alli el vuelo la jentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La madre de los ángeles inflama
el corazon de amores mas exento,
y hay un pastor que à los apriscos llama
las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,
pues sigue á los osados la fortuna,
que el àguila es la reina de las aves
porque vuela mas alto qne ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos,
por si algunos lamentan nuestra huida,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte á la partida.



EL AMOR INMORTAL.



EL AMOR INMORTAL.



—«Atrás! que ya los altares
velan las sombras profanas ,
y al vulgo de estos lugares
lo llaman á sus hogares
con su oracion las campanas.»

«Atràs! y no en loco tema
traigas revuelta en la falda,
símbolo de tu fe estrema,
esa florida guirnalda
de tus amores emblema.»

«Torna, loca, á tu alqueria,
porque, si bien lo contemplo,
es necio por vida mia
dejarme asi cada dia
lleno de yerbas el templo.»

—«He de ver su sepultura,
pese á tus iras crueles,
pues bien nos predica el cura
que nunca el Dios de la altura
cierra su casa á los fieles.»

—«Asi te azucen traidores
algunas vez sus mastines,
por tus ofrendas de amores,
los dueños de los jardines
adonde robas las flores.»

«Y pues que en tal desacierto
sigües con cordura poca,
quedate ahí, y ten por cierto
que gana muy poco un muerto
con la oracion de una loca.»—



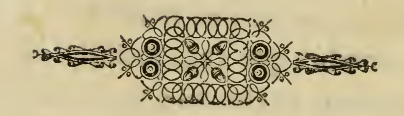
¡Cuitada que en su quebranto
no halla en la tierra consuelo,
lo busca en el cielo santo,
y sordo tambien el cielo
las puertas cierra á su llanto.

Huye, niña, que esa puerta
entre nocturnos reflejos,
pareces ya de una muerta
la sombra que vaga incierta
llorando gustos añejos.

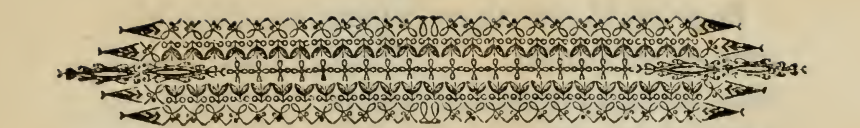
Huye, que de amor ajena,
como á imajen de la muerte,
llamándote el alma en pena,
de horror la comarca llena
cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca que en su intento,
sin que de su afan se corra,
ama con ardor violento
memorias que el tiempo borra,
cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oido,
por que escarnecerla puedan,
que en este mundo finjido,
solo pagan con olvido
á los que van, los que quedan!....



LA CONFESION.



LA CONFESION.



Y yo abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso, y humilde inclino la rodilla,
y la devota frente.

MELENDEZ.

Ya el manso indócil, que en su error seguia
con inútil empeño,
torna á buscar la sal que le ofrecia
la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso
el aterido llano,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
á la siniestra mano.

En él probó con algazara loca
àmbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca,
y sirenas mi oido.

Piloto audaz, con la inocencia mia
por esclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guia
del eminente faro.

Cuantas hollé risueñas à la entrada
alamedas, y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé mas bello,
me hirieron los abrojos;
las zarzas, arrancándome el cabello,
me azotaron los ojos.

Jamàs calmé, por aliviar las mias,
las desdichas ajenas:
siempre faltaron á mis ojos dias
para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
la inocencia con oro,
mas yo vengué su iniquidad, entrando
á saco su tesoro.

Mi triste corazon hirió atrevido
el brazo del mas fuerte,
y, el dardo asiendo de mi pecho herido,
dí al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros
la sangre de mis venas;
dadme el perdon, ó no apasteis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre á vuestros pies se agotan
las furias de mi pecho,
pues ya agolpadas à mis ojos brotan
como volcan deshecho.

Feliz, si á mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que á los veinte abriles
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, padre mio,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el rio.

Quedad con Dios los que vagais perdidos
del ancho mundo por la incierta via,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guia.

Quedad con Dios; y perdonad pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdon si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;
ó si en el puerto, del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos seres tambien, cuya inocencia
el pasto fué de mi amoroso intento,
dadme el perdon si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

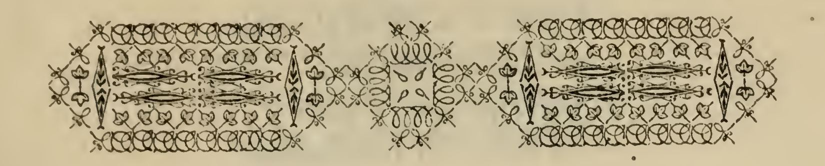
Eternamente os cantaràn mis labios,
cual monumento à vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteon convertiré mi pecho.

Quedad con Dios ; mi ardiente fantasía
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mia
purificada por los aires sube:

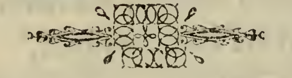
Recoje cazador el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor por las alturas canta.



EL IRIS.



EL IRIS.



—«Al que antes cumpla su anhelo,
logrando la dicha estrema
de dar á su sien diadema
hecha de luces del cielo.»—

Asi una turba lijera
de niños baja diciendo,
tocadas del iris viendo
las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
y crece su empeño loco,
en tanto que poco á poco
va el íris su luz menguando.

Y cuando de su ornamento
creian la sien orlada,
vieron su luz disipada
como fantasma en el viento.

—«*¿Como es?*»—Desde el monte erguido
preguntan cuantos los miran;
y alzan los ojos, suspiran,
y les responden:—«*¡Ya es ido!*»

—«*¡Mentira!*»— Bajan diciendo
los que ven clara su lumbre;
y en tanto ganan la cumbre
mustios los otros subiendo.

Porque sus lindos reflejos
son al tocarlos ficciones,
cual son de cerca ilusiones
las que venturas de lejos,

El iris siempre inconstante,
se va mostrando inseguro,
à los que bajan, obscuro,
y á los que suben, brillante.

—¿«*Como es*?»—En ronco alarido
gritan los antes burlados;
y los de ahora estasiados,
tristes responden:—¡ «*Ya es ido*!!»

—¡«*Mentira*!!»—Dice bajando,
los que poco antes mintieron;
y á los de abajo se unieron
prestos el monte esquivando.

Juntos, con pueril anhelo,
se ajitan con ansia ardiente,
corriendo de fuente en fuente
tras los matices del cielo.

Y todos dando à cual mas
gusto á su pecho anhelante,
unos gritan:— «¡*Adelante*!»—
Y los de adelante: —«¡*Atras*!»—

Y asi, sin órden ni guia,
aquí y allí discurrieron,
y ni allí ni aquí le vieron,
y en todas partes lucia.

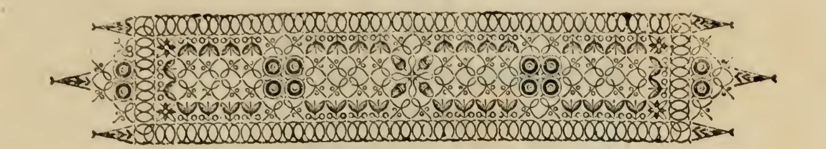
Y al verle desvanecido,
con mas vergüenza que enojos,
vueltos al cielo los ojos,
esclaman todos:—«¡*Ya es ido*!!!

Asi en eterno cuidado,
aquí y allí nuestro intento
corre fugaz por el viento
tras un placer nunca hallado,

Que el hombre en su desacuerdo,
llama, al verde en lontananza,
si es delante, una esperanza,
y si es detrás, un recuerdo.

Y aun no marca en su sentido
el gusto una vana huella,
cuando imprecando su estrella,
suspira y dice:—«¡*Ya es ido*!»

LAS HADAS.



LAS HADAS.

A T.....

Salud, claras centellas,
que en jiros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los ánjeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastrais, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,
y siempre à mí vecinas.

Y ya que uno por uno,
tal venceis los fracasos
del destino importuno,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno.

Por beneficio tanto,
dejad que sin pesares,
os rindan en su encanto,
tierna mi voz, cantares,
dulces mis ojos, llanto.

Vos, con jesto risueño,
traeis al alma mia
con amoroso empeño,
quimeras por el dia,
y por las noches sueño.

Vos templais la venganza
de mis tristes memorias,
y en lisonjera holganza
vos renovais las glorias
de mi muerta esperanza.

Asi entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,
tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,
el único que canta
dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, ó lijeras,
llegándoos á mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brio
vuestra morada esquiva
cruce en blando estravío,
y entre vosotras viva
el pensamiento mio.

No separeis la mano
en que feliz me aduermo,
cuidad con pecho humano
que mas que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apagueis el fuego
que ardiendo me embelesa;
seguid, por Dios os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres dias,
vereis que, aunque sin fausto,
présagas de alegrias,
os rindo en holocausto
las cantilenas mias.



UNA LAGRIMA A UN RECUERDO.

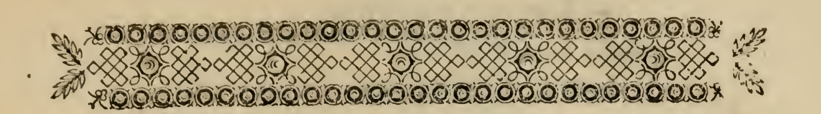
A LOS SEÑORES

DON JOSE SAFONT Y DON MARIANO BARRIO.

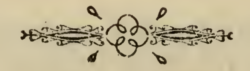
NOTA.

En la tarde del 24 de febrero de 1841, murieron ahogados en el rio Henares, viniendo de una quinta de recreo, DON JOSE SAFONT y su esposa DOÑA MARIA CLAVIJO, acompañados de sus padres, DON JOSE y DOÑA ROSA LLUG, DOÑA ANTONIA CABO CARDAÑO, esposa de DON MARIANO BARRIO, una niña de siete años hija de estos, y otros varios amigos y parientes. Solo DON JOSE SAFONT (hijo) se salvó por solicitud de un dependiente, despues de haber hecho en vano algunas tentativas por perecer en union de tan queridos objetos.

Está por demas advertir que la siguiente composicion ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.



UNA LAGRIMA A UN RECUE



—« Era una tarde sombría.
El aquilon rebramando
nuestras cabañas heria.»—
Asi á sus hijos decia
una matrona llorando.

—«Hender un canto la esfera
se oia plácido en tanto.
¡ Mas quién entonces creyera
que solo de muertes era
vago preludio aquel canto!»

—Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre
mi madre acudid;

Y aunque algo os aqueje
an triste memoria,
la trájica historia
contando seguid.

—«Iban las olas mujiendo,
mientras las auras esquivas
seguian con dulce estruendo
en vago són confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

Y estaba azotando impío
el aquilon la ribera,
cuando entre el polvo sombrío
ví una carroza lijera
ganar las hondas del rio.

Amaina zagal ! dijeron
su incuria al ver los pastores,
y aunque à su ausilio acudieron,
zagal, carroza y señores
entre las álgas se hundieron.

Ay!! con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,
como el que en rápida huida
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

Viérais entonces, fluctuando,
alzar à todos las palmas,
hondos jemidos lanzando,
con ansias de muerte dando
el postrer vale á sus almas.

Y al ver una madre en tant
alzar à una niña al cielo,
me ahogó la voz el espanto,
y ciega caí entre el llanto
presa infeliz de tal duelo!»

—Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno á la lumbre
mi madre acudid,
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
a trájica historia
contando seguid.

—« A vueltas de mi estravío,
oí con triste lamento
gritar:—¡*A Dios*, *amor mio*!—
mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el rio.

Era un esposo, que impía
á puerto ya de bonanza
una fiel mano impelía,
y al ver á la esposa hacía
exequias á su esperanza.

A Dios! el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y,—¡*para siempre*!!—gritando
seguía, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

¡ Y cuál su dolor seria,
cuando él en trance tan fuerte
à su esposa—¡*á Dios*!—decia,
y ella—¡ *Adios*!! le respondia
desde el umbral de la muerte!

¡Ay! cuando en tropel se hundi
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?!!»

—¡Que lástima el verlos
ahondarse seria!
—¡Cuánto ay! llenaria ,
vagando, el confin!!
—¡La niña que alzaba
su madre en las manos!!!...
—Lloremos, hermanos,
su trájico fin!



LAS DOS ALMAS.



LAS DOS ALMAS.

—¿A dónde vas, alma mia,
hácia ese mundo perdido?
—A ser alma de un nacido
la Omnipotencia me envia.

—¿Y tú, alma mia, qué vuelo
sigues ganando la altura?
—Dejo á uno en la sepultura,
y voy camino del cielo.

—Puesto que subes, hermana,
y te hallo al bajar al mundo,
dime si es...—Un càos profundo
que llaman cárcel humana.

Prosigue; y no tan altiva,
hermana, bajes ahora,
porque vas, siendo señora,
á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,
sigue en loco devaneo,
cada potencia un deseo,
y un gusto cada sentido.

Pues de ánsia de goces lleno
busca el oido armonía,
el paladar ambrosía,
é impúdico el tacto, cieno.

Asi sus gustos sin calma
van los sentidos gozando,
mientras que à merced flotando
va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,
y en tan contrarios vaivenes,
si el alma delira bienes,
acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,
y el alma adorando el cielo,
siempre están, en su desvelo,
carne y espíritu en guerra.

—¿Pues si ya, el cielo ganando,
dejaste càrcel tan fiera,
por qué al aire, compañera,
vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo
séres que tambien se adoran,
y que al dejarlos se lloran,
como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo, escalas,
y al mundo voy que tú dejas,
llevémos, pues, tú mis quejas,
y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo á donde me alejo,
cuando le muestre tu llanto,
muestra mis ayes en tanto
al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
de mi cautiverio el dia,
queda à Dios, hermana mia.
—Hermana mia, él te guarde.

A ORILLAS DEL NALON.



A ORILLAS DEL NALON.

¡Cómo, al vagar la mente,
lastima inquieta el corazon llagado!
¿El ánima doliente,
llora por lo presente,
ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el harpón, ó ya renueva
recuerdos seductores,
ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, á los planetas marca;
ya al abismo declina;
ya á par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
multiplican los visos halagüeños,
sus imàjenes bellas
se parezcan á aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan fràjiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo á la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campañas
fáciles ondas, derramando albores,
y al pie de los montañas
seguid entre espadañas
tocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imájenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
consuéleos mi quebranto,
porque tambien el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh si mi frájil nave
pudiese por lo menos sus entenas
dar al aire suave,
para que el peso grave
cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llevadme, ondas queridas,
por vuestro ráudo y celestial camino;
si es por sendas floridas,
no importa que perdidas
á morir camineis al mar vecino.

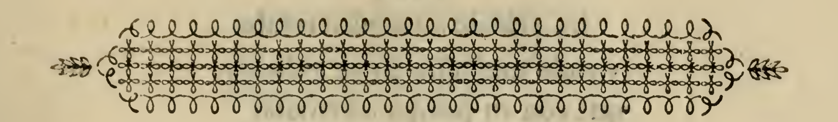
Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
maldigo la fortuna,
sea el sol ó la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojos;
cuanto mas caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llevadme, ondas serenas,
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya á duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.



EL PRIMER AMOR.



EL PRIMER AMOR.



ALEGORIA.—A. P.....

¡Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
ó en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes hendechas,
pese á tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vió por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,
que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguia al árbol mirando
con aficion importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ay! que tanto ornamento
costó à su pecho aflijido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un jemido.

—¿Por qué los lánguidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

Ay! pese á tu amor, repara,
en tus delicias estremas,
que ya la fortuna avara
dejó sin ídolo el ara
adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitará el atavío,
desvaneciendo, amor mio,
tus ilusiones con ellas.

¿A qué el abril de tus años
consagras, niña, á unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamas has oido
mas que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados;
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

Y ay! si á torrentes bramando
el agua vá por las cuestas
los mármoles desquiciando,
en su furor trasportando
los bosques á las florestas!

Pon término á tus locuras,
que los volcanes revientan
en las soberbias alturas
donde las flores mas puras
eterno al mayo sustentan.

Cuando apacible rompiere
en amorosos cantares,
no has de olvidar si pudieres
que siempre son los placeres
la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
será inútil que cobarde
dé el lábio un ay! lastimero.
¡De qué valdrá el mensajero
si ya el perdon llega tarde! —

Una á una, hora por hora
contaba las flores bellas,
hasta que un dia á la aurora
halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
toda su pompa liviana
los céfiros que pasaron
á recibir la mañana.

Vió entonces entre suspiros
del primer mal el trasunto,
y cuantas vueltas y jiros
dá la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto
dá riendas al lloro en tanto.
Siempre es el último puerto
de nuestras cuitas el llanto.

¡ Asi el hojoso ornamento
costó á su pecho aflijido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un jemido!

¡ Mas de cuánta ilusion y cuántas flores
se orláran ay! nuestros primeros años,
si los cierzos calmáran sus furores,
y acotára el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
lloremos sí, nuestro fugaz aliño,
porque tambien el destrozado arbusto
la imájen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora,
vengan tambien á lamentar conmigo
la viudez de la tórtola que llora
al pie del árbol de su amor testigo.

Es digna, sí, de fraternal consuelo,
la pobre niña, que mirando solo
cómo un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los áustros conmover el polo.

Una senda de flores sin espinas
soñó la triste en su ilusion primera,
pero ajadas sus plantas peregrinas
ya ensangrentó la desigual carrera.

Blandos favonios del templado estío,
un cisne socorred de blanco seno,
que al avanzar hácia el cristal del rio
cayó á la orilla entre el hedor del cieno.

Descended serafines de la altura,
y unas alas prestad á esa paloma,
que ya entre el musgo la serpiente impura
á devorarla sin piedad se asoma.

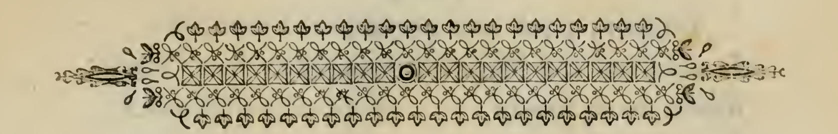
Vagad, ayes del alma, en són de duelo,
paz demandando al Hacedor divino,
para el arcánjel, que al tornarse al cielo,
tocó en el mundo porque erró el camino.

Tal vez en su inocencia no creia,
al amainar su vuelo acelerado,
que el paraiso terrenal cubria
la mácula afrentosa del pecado.

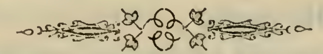
Vuestra mano, Señor, sea la guia
de esa inocente, que angustiada llora
que al despedir al sol dichosa un dia,
se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un rio
para que oigais su anjelical querella,
puedan lograr su redencion, Dios mio,
las muchas ¡ay! que derramé por ella.





EN LA CARTUJA DE BURGOS.



A. B.....

ODA.

Paso á la imbécil plebe
que, detestando en su abyeccion la gloria,
tiende su brazo aleve,
y á desplomar se atreve
cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
ciega esa plebe la horfandad derrama?
—» ¡Paso! y quede insepulto
el que con loco insulto
ódie la grey que *libertad* proclama.»—

Vengan, pues que perjura
la *libertad* tan bárbaros caminos
allana en su locura
á esa falanje impura
de incendiarios, traidores y asesinos.

Derrocad sin concierto,
muchedumbre sangrienta de villanos:
solo en este desierto,
como en oculto puerto,
un templo os queda en que poner las manos.

——

Míralos ya, alma mia,
levantar, cual en torpes lupanares,
aita y soez orjía
aquí, dó ayer se oia
el sublime cantar de los cantares.

Con las suyas mezclemos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él á nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazon que estalla,
cabe la ruin canalla
que hundió cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que derrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;
con esto escarnezcamos
la vil jeneracion que nos rodea.

Y si en el trance impío
al ver mis ojos destruccion tan fiera
vierten de sangre un rio,
no los seques, bien mio,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

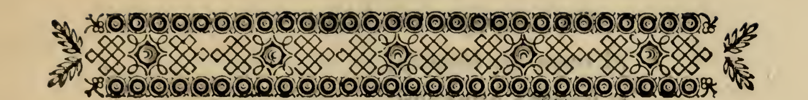
Alza don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡ Fuego embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto ibero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del cordero.

Ah! desde hoy nuestros brazos
¿en qué altares, con mística porfía,
formaràn tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
¡Rotos pedazos, ay, del alma mia!



MUERTOS Y VIVOS.



MUERTOS Y VIVOS.



BACANAL.—CORO BAILABLE.

Hoy vienen, dejando
las tétricas huesas,
de muertas promesas
las almas en pos.
¡Ahogad las creencias:
cerrad la ventana:
que vuelvan mañana
benditas de Dios!

Bailad, que las luces
al orco se lanzan,
y negras avanzan
las sombras detràs;
Y alzando alaridos
al viento que atruena,
las almas en pena
nos hacen compás.

Miradlas, al rüido
de cien cascabeles,
poblar los dinteles
del réjio salon.
Huid, prole inmunda,
y ahogad los jemidos,
que à muertos y á idos
no hay fé ni pasion.

Tal vez nos demanden
antiguas promesas;
mas hoy ni por esas
la fiesta ahogarán.
Bailad, que sus prendas
al ver inconstantes,
los muertos amantes
de rabia se irán.

Oid cual mi nombre
maldicen crueles.....
¡Amantes infieles,
un trago por mí!
Bailad, y que sigan
las almas su vuelo;
si estorban al cielo,
nos sobran aqui.

Si vienen à hacernos
tan frívolo cargo,
de un viaje tan largo,
bailad, y hagan dos.
*¡Ahogad las creencias:
cerrad la ventana.
que vuelvan mañana
benditas de Dios!*



EL JUICIO FINAL.

FANTASIA.

RESUMEN.

I.—Anuncio del juicio final á los espíritus malignos.—Lamentos del ánjel malo —Postrer ardid del infierno.

II.—Llamamiento.—Descripcion del juicio final.

III.—Trasformacion y ascendimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

IV.—Vencimiento del espíritu por abyeccion de la materia.

V.—Imperfeccion humana.—Rebeldía de los sentidos.—Lucha del espíritu y la carne.

VI.—Hastío de Dios en su mejor obra.—Aniquilacion de las criaturas.

VII.—Sentencia.—Nueva creacion del hombre.—Atributos de la especie humana.—Vaguedad de la existencia.

VIII.—Desaparicion del Criador.—Ultimo à Dios á la esperanza.

Corolarios......



EL JUICIO FINAL.



I.

Anuncio del juicio final à los espíritus malignos.—Lamentos del ànjel malo.—Postrer ardid del infierno.

—Asi Luzbel esclamaba,
mientras le oia confuso
aglomerado el infierno
en espantoso tumulto:

—"Mañana, cuando las llamas
bajen del cielo á diluvios,
y, vomitando tormentas,

sombras aborte el profundo ,
tumba fatídica siendo
en encontrados disturbios ,
las llamas de las tinieblas ,
y estas de aquellas sepulcro ;
y desquiciados los orbes ,
por los espacios cerúleos ,
ya con la llama abrasados ,
ya entre las sombras ocultos ,
amenazando caidas
perdidos vaguen sin rumbo ,
al ruido de la trompeta
que anuncie el final del mundo ;
el orbe donde nacimos
asediaremos sañudos ,
para vestir los despojos
de los que en él fueron justos ,
y en alas de su pureza ,
los nuestros dejando impuros ,
à juicio pareceremos
de Dios ante el trono augusto. »—

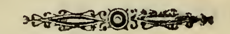
Al nombre de Dios heridos
como al poder de un conjuro ,
se dispersaron inquietos
los condenados en grupos ,
hondos jemidos lanzando ,
de eternos ecos preludios ;
y de la atroz gritería
al descompuesto murmurio ,
despiden rayos sus ojos ,

fatal emblema de orgullo,
restos de glorias pasadas,
y de alto orijen trasunto.

—" Tremendos sobre nosotros,
siguió Luzbel, uno á uno
entre martirios sin cuento
pasaron lustros y lustros,
sin que el dintel de los cielos
jamas tocásemos puro,
aunque á sus puertas llamamos,
ya humildes, ó ya sañudos,
ora con fieros enojos,
ora con llanto importuno;
pues siempre de sus albores
ciegos nos dejó el impulso,
sin que á atenuarlo bastase
de nuestros antros el humo;
siendo al medir las esferas
en desesperados tumbos,
de su clemencia el escarnio,
y de su gracia el insulto.
¡Oh! si nuestra alma rebelde
jamas adoró al Dios sumo,
al cieno vil aferrada
por el imán de los gustos;
y si en prision afrentosa
nuestro divino atributo
la infame cárcel del cuerpo
ató con lazos robustos,
¿por qué Dios, fuente de gracia,

de su emanacion verdugo,
condenó á eterno martirio,
en su justicia sañudo,
al alma que encadenada
alzarse al cielo no pudo?
Ganad, hijos del infierno,
pese á los buenos el hurto,
y antes que el orbe aniquile
del juicio el terrible anuncio,
los restos con que piadosos
rindieron al cielo cultos,
tal vez porque sus sentidos
nunca en su afan iracundos
contra el imperio del alma
se amotinaron impuros.
Sus! »—

Y enderezando al orbe
los condenados su rumbo,
aun no colgaban los aires
las negras sombras de luto
cuando en tropel se apostaron
en los confines del mundo.



II.

Llamamiento.—Descripcion del juicio final.

¿Cuál fúnebre estampido
conturba los revueltos horizontes,
que á su fragor el orbe estremecido
lanza de sí cual átomos los montes?

¿A dónde en ronco estruendo
los mares desbordados,
rujientes van la inmensidad midiendo
de planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,
perdido el rumbo de su jiro eterno,
los astros rutilantes,
las sombras inflamando del infierno,
cayendo van desde la empírea cumbre
en ciego parasismo,
mientras nubes espesas
se alzan sin fin dcl tenebroso abismo;
y en remolinos fieros
ruedan despedazados
en amalgama universal mezclados
llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa al resonar la esfera,
y en sus impuras fauces dejó ahogado
el ay desesperado
que ronca alzò la humanidad entera.

Id, á juicio, mortales,
sin contener el indolente paso;
caminad á sufrir eternos males,
ó eternos bienes á gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánima doliente
los ojos desolados
hácia los gustos del amor pasados
rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo
vuestro eternal quebranto,
ya que alegres tuvísteis en el mundo
tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza,
en vaga lontananza
al arcánjel oid, que en presta huida
grita, al cruzar la inmensidad inerte:
—“¡Ay del que à Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!!»

Seguid, prole maldita,
sin mundanos deseos,
con ánima contrita,
á rendir el espíritu en ofrenda
de impuros devaneos:
caminad sin rodeos:
no hay sagrado á qué huir; esta es la senda.

Id, y arrojad, monarcas de la tierra,
en oblacion amarga,
esa humilde corona
que de alta prez en vuestra sien blasona,
y no á los hombros, en mundano esceso,
con tan inútil carga
no pudiendo marchar dobleis el peso.

¿ Por qué ocultais entre las manos bellas,
las frentes de jazmines,
vos que brillásteis sin pudor en ellas
radiantes de hermosura en los festines ?

Id, con los ojos falsamente enjutos,
torpes matronas de insondable pecho,
donde os esperan los bastardos frutos
del profanado lecho.

En hombros de los ánjeles alzado
ved de Dios el asiento,
y como ya á su acento
deja veloz las no acotadas puertas
de par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,
vuestra existencia entre el placer perdida.
¡ Ay del que á Dios no consagró su vida !
¡ Ay del mortal que lo olvidó en su muerte !



III.

Trasformacion y ascendimiento de los pecadores.—Ayes de los justos.—Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas
al universal crujir,
van en sus cuerpos las almas
cruzando el aire sutíl.
Y cuando algunas, ya altivas,
tocan del cielo el confin,
otras, rastreras, el polvo
miden con hondo jemir,
pues de sus restos antiguos
con ánsia inquiriendo el fin,
en vano, hozando sepulcros,
discurren aquí y allí,
hasta que al murmullo ronco
de un satánico reir,
escuchan sobre los aires
clamar á Luzbel asi:

—"Con nuestros restos á juicio,
almas dichosas, venid,
ya que en los vuestros nosotros
vamos con vuelo jentil.
Y á fé que prendas tan leves
son fáciles de subir,
mientras que torpes las nuestras
pegadas al cieno vil,
tal vez á ascender se nieguen
por círculos de zafir;
y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.»—

Dijo; y conformes los buenos
con tan infernal ardid,
visten sus formas humildes
ayes lanzando sin fin.

¡Ay que ignorais resignadas
almas de orijen feliz,
que los sentidos rebeldes
en espantoso motin,
tambien las almas aferran
como esas que veis subir;
y espíritu y carne entonces
luchando en abierta lid,
suele á la impura materia
rendirse el alma servil!
Vos que cruzásteis el mundo
con formas de serafin,
sin que sintiéseis el fuego

de las pasiones hervir,
aun no sabeis cual marchita
de nuestra edad el abril,
el ánsia de las potencias,
cuando guerreando entre sí,
ansioso busca el oido
profanos sones que oir,
ébrios de placer los lábios
otros lábios de rubí,
fantasmas de amor la mente
de misterioso perfil,
lumbre que admirar los ojos,
sendas el pie que seguir;
y en tan inciertos deseos,
y en tan encontrada lid,
aquí anhelando placeres,
llorando gustos allí,
llevan al alma aferrada
tras de la materia ruin,
para concederla solo
la libertad al morir;
y entonces Dios la destierra,
donde por siglos sin fin
padezca, porque no pudo
en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino
mil veces mas fuerte y mil,
con esos viles despojos,
almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye
por el desierto confin:
—«Y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.»

IV.

Vencimiento del espíritu por abyeccion de la materia.

Y apenas en sus leyes sacrosantas
Dios decretó la universal discordia,
á la turba infernal miró á sus plantas,
gritando en hondo afán:—«¡*Misericordia*!»

—«Silencio, vil tropel, de Dios maldito:
tarde la gracia del Señor granjeas.»—
Y la turba infernal alzando el grito,
repite sin cesar:—«¡*Bendito seas*!»

—«¿Por qué los ojos á mi luz no esconden
deslumbrados los hijos del profundo?»—
Y á las palabras del Señor responden:
—«¡*Paz y salud al Redentor del mundo!*»

—«¿Son estos los que en ciego desvarío
jamás tornaron á su Dios los ojos?»
—«Los mismos son, pero piedad, Dios mio,»
clamó Luzbel, y se postró de hinojos.

—«Si olvidados de vos ayer seguimos
tras el cebo carnal de nuestros gustos,
hoy redencion á demandar venimos
con las prestadas formas de los justos.»

«¿A qué al infierno desterrar sañudo
el alma de estos míseros nacidos,
si siempre débil contrastar no pudo
el impuro motin de los sentidos?»

«¿Ni cómo ante su Dios se postraría,
en cárcel mundanal el alma presa,
quien recibió de la fortuna impía
torpe la lengua, y la rodilla aviesa?»

«Si los que alzásteis compasivo al cielo,
con nuestras formas vuestro sér adoran,
¡ay de los tristes que en amargo duelo
à vuestros pies arrepentidos lloran!»

—«Venid,» dijo el Señor, «mis escojidos.»—
Y un ay se oyó que conmovió el profundo;
mientras suena en los aires esparcidos:
—«¡*Paz y salud al Redentor del mundo*!»

V.

Imperfeccion humana.—Rebeldía de los sentidos.—Lucha del espíritu y la carne.

Presentes los escojidos
ante el Señor que los nombra ,
con hondo afán arrastrando
de los demonios las formas,
sacrílegos á sus ojos
alzan la frente orgullosa,
y ni le acatan altivos,
ni irreverentes se postran,
antes blasfemando ateos
gritan del cielo con mofa
en el aspecto divino,
la faz encarando torva:

—«¡No hay Dios!»—Y la atroz blasfemia
rodando de boca en boca,
siguen impíos gritando
en confusion espantosa:

—«¿Qué niebla ver, importuna,
la luz del cielo me estorba,
que asi á vivir me condena
entre el horror de la sombra?

—«¿Cuál torpe arrobo las alas
de mi pensamiento agobia,
que noble á inquirir su oríjen,
jamás el vuelo remonta?»
—«¿A dónde está la morada
de esa deidad misteriosa,
que todos su sér conocen,
y todos su esencia ignoran?»—

Y Satanás imprecando
al Dios que rendido implora:

—«¡Hasta los ánjeles, grita,
con nuestras mundanas formas
dudan de vos, y os maldicen,
cuando brillais con mas gloria!»—

Y á su voz siguen los malos
gritando: «¡*Misericordia*!»
Y á sus impuras blasfemias
ciegos los ánjeles tornan:

—«¿Por qué, si sueño, tan solo
impresos en mi memoria
los sueños profanos quedan,
y los divinos se borran?»
—«Nada los hondos misterios
de la relijion me importan,
si ofuscan mi entendimiento,
y si mi razon sofocan.»
—«Venid en tropel, deleites
de las ya apuradas órjias,

á ser el pasto continuo
de mis esperanzas locas.»
—«Blandos compases midiendo
sobre las ricas alfombras,
leves mis plantas se ensayan
en danzas voluptuosas.»
—«Liviano mi pensamiento
sujeta á pruebas gustosas
imájenes de deleite
que mi entendimiento aborta.»
—«¿Cómo las furias del cielo,
cuando de airado blasona,
son para mi pecho dardos
que antes de herirlo se embotan?»—

Y en su ignorancia ofuscados,
mas las blasfemias redoblan;
mientras que Dios entre el velo
sepulta la faz gloriosa:

—«Ebria de goces ansía
ricos panales mi boca.»
—«¡Qué músicas mis oidos
vienen á herir sonorosas!»
—«Profano lechos á impulso
de estímulos que me acosan.»
—«Dejan marchito y sin vida
á cuanto mis manos tocan.»
—«Arden de amor mis sentidos.»
—«Es la virtud una sombra.»
—«Iguales son Dios y el caos.»

—«No hay mas placer que la gloria.»
—«Falta la luz á mis ojos.»
—«Sueños ímpuros me acosan.»
—¡Oh, qué tormento es la duda!»
—«¿Quién es Dios?»—«¡*Misericordia*!!...»

VI.

Hastìo de Dios en su mejor obra.—Aniquilacion de las criaturas.

—«Silencio, esclamó Dios, vil criatura,
grosero aborto de miseria y llanto,
en quien es siempre la materia impura
cárcel y afrenta de tu oríjen santo.
Maldigo en tí mi predilecta hechura.»—
Y descorriendo el vaporoso manto,
al vivo resplandor de una mirada
ánjeles y demonios fueron nada.

VII.

Sentencia.—Nueva creacion del hombre.—Atributos de la especie humana.—Vaguedad de la existencia.

—«Vuelva á su sér lo criado:
y de hoy por siempre estará
entre su Dios y los hombres
mediando la eternidad.»

«Será un informe trasunto
de la aniquilada ya,
la raza humana que el orbe
vuelva entre llanto á poblar.»

«Con honra de imájen mia,
de barro el cuerpo tendrá;
y el alma perecedera,
con alientos de inmortal.»

«Toda su ciencia y su gloria
dudas y sueños serán,
y el galardon de sus penas
la cruda muerte, y no mas.»—

Dijo el Señor, y á su acento
llenó sus cáuces la mar,
y las alturas ganando
en armonioso compás,
por sus azules esferas
se vió á los astros jirar.
Y como á vueltas de un sueño,
levísimo por su faz,
sintió resbalar un beso
entre ilusiones Adán,
creyendo ver en los aires,
en éxtasis celestial,
una vision milagrosa,
que cada vez mas y mas
se fue alejando entre nubes
del bajo eden terrenal,
hasta que al fin quedó entre ambos
mediando la eternidad.
Agradecido al dón triste
de la existencia faláz,
al cielo humilde las palmas
alzó postrándose Adán,
mas no hallando en su desvelo
ídolo ante quien orar,
y creyendo del acaso
fruto su vida quizá,
vino la hiel de la duda
su corazon á amargar,
y el dón funesto maldijo
de su existencia fatal,
hasta que viendo á Eva al lado

que con sonrisa fugáz
sus dudas y desvaríos
trocó en amoroso afán.
El bien del alma olvidando
por el placer corporal,
se prosternó desde entonces
ante la humana deidad;
y sin que de su alto orijen
quisiese el fin deslindar,
ni ver del hondo sepulcro
un término mas allá,
dudas, miserias y llanto,
ahogó entre el placer carnal,
llanto, miserias y dudas
legando á la humanidad.

Así el hombre, de la vida
la senda cruzando erial,
siembra al pasar ilusiones,
y engaños cojiendo vá;
y en curso errado, siguiendo
de su apetito el imán,
le asedian aquí pesares,
remordimientos allá;
y en guerra consigo mismo,
y consigo mismo en paz,
goza siguiendo la dicha,
sin alcanzarla jamàs;

y así en encontrados rumbos,
atormentándole van
delante las ilusiones,
y los recuerdos detrás.
Y muerto de la esperanza
el consolador fanal,
siguen los hombres su ruta
con solícito ademán,
esperando aquí una dicha,
allí esquivando un azar,
viendo siempre el bien lejano,
y cerca sintiendo el mal;
y prosiguiendo el camino
que hollaron á su pesar,
de donde vienen no saben,
é ignoran á donde van.
Entre el error y la duda,
sin norte que brujulear,
ciegos caminan á veces
en parasismo mortal,
llamando gloria á la pena,
padecimiento al solaz,
á la verdad la mentira,
y á la mentira verdad.
Y á veces por la fé herido
sucumbe el jenio del mal,
y otras rueda el fanatismo
luchando con la impiedad,
y asi en abismo espantoso,
entre creer y dudar,
incierta á su fin camina
la abyecta prole de Adan.

¡Ay de vosotros los tristes
que en tan proceloso mar
luchando con las tormentas
sin esperanza vogais,
sabiendo por vuestro daño
que de la ruta al final
solo será vuestro premio
la cruda muerte, y no mas!
Y vos los que en sueños vagos
de eterna felicidad
creeis de vuelo en muriendo
sobre los aires pasar,
¿qué galardon, miserables,
por fé tan ciega esperais,
si está entre Dios y los hombres
mediando la eternidad?...



VIII.

Desaparicion del Criador.—Ultimo adios à la esp eranza.

Asi acabaron las glorias
DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;
y al ver á las criaturas
aniquiladas su Dios,
el cieno tocó, y del centro
se alzó Adan entre su hedor,
y un beso sobre su frente
para animarle estampó.
Y viendo tan vil hechura,
trasunto de otra mejor,
la faz al último cielo
por no mirarla tornó;
y una lágrima derrama,
glorioso emblema de amor,
que al descender ardorosa
sobre la cima del sol
evaporada á sus rayos
en nube se convirtió.
Y alejándose escondido
entre el augusto vapor,
avergonzado su hechura

por última vez miró,
hasta que entre ambos, doliente,
en faz de eterno dolor,
con su poder invisible
la eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado
de vuestro seno, gran Dios,
no probaré las delicias
de tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo
tras una y otra ilusion,
iba ganando el sepulcro
con infatigable ardor,
el término de mis penas,
y de mi fé el galardon,
creyendo en mis desvaríos
ver al través de su horror!
Mas ya por la misma senda
tan sin esperanza voy,
que falta en torpe letargo,
en mi juventud precoz,
el vuelo á mi pensamiento,
y el ánsia á mi corazon;
y sin admirar cantando
vuestra grandeza, Señor,
falta entusiasmo á mi pecho,
y falta canto á mi voz.
Y pues que en vano me canso,

id esperanza con Dios,
y apagad de vuestra antorcha
el peregrino fulgor,
que aquí me quedo llorando
de mis cantares al són,
una jornada perdida,
huyendo de otra peor.
Y aunque impía me engañaste,
sepultando mi ilusion,
al llevarme fascinado
con tu destello traidor,
recibe el último vale
del que te da su perdon
desde este páramo yerto
donde no nace una flor.

¿Y á dónde vos, engañados,
en tan ciega confusion,
caminais, hermanos mios.
treguas prestando al dolor?
Si vais como yo marchando,
lleno de fé el corazon,
creyendo tras el sepulcro
pasar à vida mejor,
doblad como yo la frente,
tened el paso veloz,
que por sentencia de él mismo
para nosotros no hay Dios.
Mas no, seguid vuestra senda
al májico resplandor
con que la dulce esperanza

vuestra niñez alumbró,
¡ y oh, si afanado corriendo
de vuestras huellas en pós,
por su destello alentado
pudiera seguiros yo!.....



EL ALMA EN PENA,

LEYENDA.

ADVERTENCIA.

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta trajedia es el de ajitar una cuestion que se puede convertir en filosófico-relijiosa.

No presento mas que una pequeña fase del cuadro que me habia propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios mas ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestion está reducida á lo siguiente:

—«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»—

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están rejidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así seria necesario confesar que Dios hacia un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarian su augusta direccion.

¿Y quién es el necio que por otra parte cree que abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos ni mas ni menos que los animales de un órden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido comun. Se me dirá que al darños Dios el libre albedrío nos concedió un instinto de percepcion que distingue lo bueno de lo malo, y que por consiguiente somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo mas, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, de poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el dón de conciencia, pues seria lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia seria una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y solo trato de manifestar que asi como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en estremo hallarme con un albedrio que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido mas loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervencion directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relacion con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazon de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquítico. Basta para desarrollar esta composicion, pero no cumple con el objeto que me habia propuesto. La cuestion por consiguiente queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro eslabon mas aéreo que este, infinitamente mas universal, que abrace todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese sér misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *hado*, otros *estrella*; que se insinua en el corazon por caminos desconocidos; que escita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual; y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una conviccion tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?

Abandono la resolucion de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma mas diestra que la de un pretenso filósofo de veintitres años.

PRIMERA PARTE.

ANJEL-DEMONIO.

PERSONAJES.

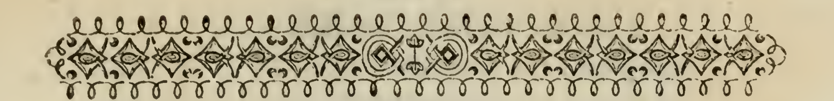
IRENE (Alma en pena).

ELVIRA.

ANA.

DON LUIS DE CASTRO.

DON PEDRO DE LARA.



MORIR AMANDO.

Tenia Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,
fue esta vez la mas constante
de las amantes Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que estinguió su vida
el fuego de las pasiones,
que en amantes corazones
quien bien ama tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
asi pasaron sus años
uno, diez, quince, hasta veinte.

¡Dichoso el que asi camina
por màrjenes deleitosas
en ilusion peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Felíz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo ,
dando á sus amores creces ,
jamás apurò, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que mal de su grado
pagando al amor tributos
jimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ánsia poca
soñar, desterrando enojos,
aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

Que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con mancilla
de nuestra senda á la orilla
el corazon á pedazos.

¡*Pobre Irene*! esclamó un dia
su madre, al ver, que inocente
muriendo, se sonreía;
y al verla morir la jente,
¡*pobre de Irene*! decia.

Dejadla, que asi muriendo,
será mas feliz su suerte.
¿Qué mas quisiérais, que yendo
hácia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusion con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
mas que un adios importuno
al despertar de su sueño.

Mas lejos, turbas galanas
de amantes que, en la locura
de vuestras mentes livianas,
quisísteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios, los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
—¡ "Ay de la bella paloma
que jime entre ocultas redes! »

Dejad á Irene que duerma
buenos doctores en calma,
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que velais su último instante,
no perdais las bendiciones
en quien da vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que solo rinde á precítos
de amor la torpe coyunda,
no sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos
llora su madre este dia.
¡Oh si al nacer en los brazos
muriera yo de la mia!

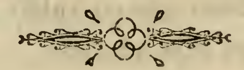
Cuantos á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño,
que lanza el postrer jemido,
mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

¡Del mundo torpes estremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos,
y aun cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
da al mundo un adios, y muere
en brazos de la esperanza!



EL ALMA EN PENA.



Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algun sér querido
que presa de ocultos males
jime en un lecho , y se siente
desfallecer por instantes ,
cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia
para estinguirla mas antes ,
solo en las funestas horas
de tan apurados lances
aquel que vela á su lado
porque lo siente lo sabe.

Asi de la triste Irene
la desconsolada madre
que poco á poco de aquella
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho
de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto,
y el viento enciende con ayes.

¡ Terrible suerte por cierto
la de la anciana que en valde
prodiga en su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusion de una imájen,
existe, goza y discurre,
por las rejiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prision de la carne,
y siempre anhelando un mundo
de espíritus celestiales !

———

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,
y una convulsion lijera
que plácida le contrae

como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreir álguien,
desfallecida su rostro
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,
muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
séres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ánjel,
el que cubriéndola alegre
con sus lijeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
lijeramente al oido
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante:

—« Alma ¿á qué llamar al cielo ?
Dios á sufrir te condena.
Aun no es tiempo: acorta el vuelo:
vaga por el mundo ; y pena.»

«Si en tí no alcanzan victoria
hoy de Luzbel los intentos ,
aun para entrar en la gloria
te faltan merecimientos.»

« Tu amor fue una idolatría.
¡ Sombras del mundo engañosas!
¡ Ay del que no ama , hija mia ,
á Dios ante todas cosas! »

« ¡ Si á una luz engañadora
creiste al mundo tu amigo ,
Dios te destierra á él ahora.
¡Duro es , Irene, el castigo! ».

« ¡ Por cada esperanza vana
tendrás desengaños, celos....
mas sufre , que nadie gana
sin espiacion los cielos! »

« Por el sér que fue tu encanto
vela hasta su hora postrera :
sigue sus pasos, y en tanto
padece Irene , y espera. »—

Y creyendo en su delirio
estas ilusiones reales,
despavorida la mano
tendió hácia Irene al instante,
y al ver de su tez la nieve,
y de sus ojos el mate,
fria enmudeció su lengua,
y yerta quedó su sangre,
desplomándose transida
sin dar de vida señales
del fruto de sus entrañas
sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante,
con formas tal vez marcadas,
pero sin formas bastantes
con que dar á sus contornos
ni á sus perfiles carácter.
Vaga confusion de nieblas,
de aromas, de luz y de aire,
que á todas imita, y todas
carecen allí de parte,
cuyas esencias son solo
las que al espíritu atañen,
y cuyo sér en la mente
se enjendra, alimenta y cabe.

Fantasma que, concebido
por un delirio suave,
siempre á la torpe influencia
de los sentidos se evade,
y que brilla abandonado,
débil, tibio, agonizante,
como sombra de otra sombra,
como imájen de otra imájen.

Adios, alma perdida,
que con incierto afan, y dicha incierta,
cruzarás dolorida
la senda de la vida,
estando ya para los vivos muerta.

No descorras liviano
el velo que nubló tu afan perdido:
ten, Irene, la mano,
porque es el pecho humano
hueco infernal de víboras henchido.

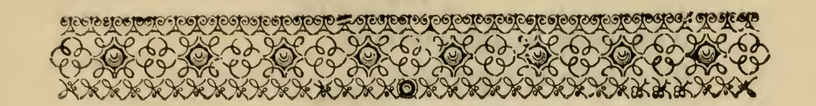
¡Cuántas sombras amadas,
consagrando al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cojiendo como tú los desengaños!

Si hallases por el viento
séres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.

Dí que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego
los rumores insanos
de esos mónstruos humanos
que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus jemidos,
porque á muertos y á idos
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan solo yo viviendo
vuestro clamor enamorado escucho.
¡Quién me diera á ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado lucho!



DESENGAÑOS.

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Los pies sobre el pavimento,
las sienes entre una almohada,
contra un sofá reclinado
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trasgo, ilusion ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,

ó ya desde un falso oriente
las aborta la esperanza ;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,
y se ven tiernos semblantes
que fuego en las mismas hallan;
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas,
y caractéres de falsas,
como si fuese otro mundo,
que sostenido en el aura,
va, viene, se agranda ó acorta,
pára, jira, sube ó baja,
que hastía, alegra ó entristece,
á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,
y apareciendo una dama
un diálogo de improviso
ella y D. Luis asi entablan:

ELVIRA.

¡ Luis !

LUIS.

¡ Elvira !

ELVIRA.

Irene ha muerto.

LUIS.

¿ Ha muerto?

ELVIRA.

¡ Desventurada !

LUIS.

¡ Dios la tenga en su morada!

ELVIRA.

¿ Lo sientes?

LUIS.

No.

ELVIRA.

¿ Cierto?

LUIS.

Cierto.

Turbado D. Luis sin duda
por su inquietud momentánea
no oyó uno de esos suspiros
que al resbalar de callada
parece que de su asiento
el corazon nos arrancan.
Lamentos que á nuestro lado
tal vez quejosas levantan
de algunos séres perdidos
las sombras enamoradas,
que de un fatal desengaño
la hiel al probar amarga,
sembrando remordimientos,
y doblando nuestras ánsias,
acusan con hondas quejas
de nuestra fé la inconstancia.

Ayes sin ruido, que solo
hieren en su fondo al alma,
que sin pregonar su orijen
nacen, crecen, la desgarran;
mas que comunmente ahogados,
del mundo entre la algazara,
como con D. Luis ahora
desapercibidos pasan.

LUIS.
Siéntate á mi lado, Elvira.
(—Lo hizo con rostro halagueño).
LUIS.
¿Me amas?
ELVIRA.
Como á único dueño.
(—Por cierto que era mentira).
ELVIRA.
¿En tu memoria no lucha
de Irene el amor perdido?
LUIS.
Ni aun recuerdo si ha existido.
(—¡Ay de su alma si lo escucha!)
LUIS.
Solo sé, Elvira, que quiero
cuando á tu lado me miro.
(—Y aquí sonó otro suspiro
tan hondo como el primero).

LUIS.

Ya sabes que un matrimonio
al morir don Juan, mi tio,
formó, diciendo:—«Luis mio,
dejo á Irene un patrimonio.»
«A legártele me allano,
si con su mano te avienes.»—
—Sí, dije: tomé los bienes:
murió; y olvidé su mano.
Te vi, te amé, y en seguida
de ella apartando la fé,
entretenerla pensé,
y al fin murió entretenida.
Y si soñando ternezas
ya ha muerto, hoy en mis desvelos,
cuantos á Irene dí celos,
pagaré á Elvira en finezas.

Espíritu que, vagando
del torbellino en las alas,
creiste hallar puro el centro
de tus amorosas ánsias,
¡ Oh, cuántas quejas al cielo
contra la doblez humana
elevarás, engañado,
en tus dolientes plegarias!
¡ Triste Irene que, encendiendo
de tu corazon la llama,

todos tus dones quemaste
de un falso Dios ante el ara,
y condenándote el cielo
por oblacion tan profana
á desentrañar el pecho
del ídolo que adorabas,
ves el sagrario vacío,
oyes sus promesas falsas,
tocas tu Dios y es un sueño,
tu dicha una sombra vana,
quedando al vaiven funesto
de tu fortuna contraria,
llenos de horror tus recuerdos,
falta de luz tu esperanza!
¿Mas del corazon del hombre
cuál otro dón esperabas
sino el seductor halago
de engañadoras palabras;
torpes gustos que destruyen;
hiel rebozada con ámbar;
pesares que mienten goces,
y caricias que desgarran?
Ahora, Irene, que en vano
sordos suspiros ensayas,
que nunca á herir el instinto
de nuestras potencias bastan,
busca, alma en pena, pues lloras,
del fiero don Luis el alma,
y atorméntala con celos;
llore con la tuya aunada;
ahogue secretas penas,
víctima de ocultas mañas;

lamente glorias perdidas;
jima tu perdida gracia,
y cúmplanse al mismo tiempo
su venganza, y tu venganza.

(—Y despues que sonrieron,
y uno al otro se miraron,
la plática que empezaron
Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS.
¿Y cuándo, á mi ruego humana,
nuestros amorosos brazos
sellarán eternos lazos?

ELVIRA.
Cuando tu quieras.

LUIS.
Mañana.

De sus estímulos siervo,
viendo la dicha cercana
quiso disfrutarla acaso
don Luis, ahorrando tardanzas,
y estrechando embebecido
de Elvira la mano blanca,
sus ojos voluptuosos
fijó en su frente de nácar,

mientras que ella al turbio brillo
mostrándose fascinada,
entre si quiero, ó no quiero,
ora cruel, ora mansa,
ya con candores finjidos,
ya con inquietudes falsas,
tanto se esquivó mañosa,
cuanto se brindó con maña,
creyendo dar á su amante,
en afecciones tan varias,
de su candor claro indicio,
y de su honor muestras claras.
Don Luis redobló su esfuerzo,
y tules venciendo, y gasas,
fue poco á poco asaltando
de su hermosura el alcázar;
y ya con torpes arrobos
iba á coronar sus ánsias,
cuando esforzàndose Elvira
como si un áspid hollára,
con estudiada apostura
cruzó de pronto la estancia,
y esclamó desde la puerta
sonriéndose:—«¡*Mañana*!»

Quedóse de pié el de Castro,
inmóvil como una estátua,
dulcemente saboreando
de su entonacion la májia;
y fomentando en su mente
locuras de la esperanza,
vió un porvenir alumbrado

de siempre risueñas albas,
torpes deseos cumplidos,
luchas de amor coronadas,
órjias, nupcias, devaneos,
placeres, músicas, danzas,
á cuyo encantado aspecto
dijo con placer:—«¡*Mañana*!!»

Y luego, como si oculto
algun sér se deslizára,
que en su tránsito absorviese
los sueños de sus palabras,
tras el conjunto risueño
de amores, bailes y galas,
traslució un mundo, poblado
de ensangrentados fantasmas,
desechos planes de gloria,
de amor mentidas alianzas,
placeres desencantados,
sangre, cadáveres, dagas.....
Y cual si hiriese su frente
el talisman de una maga,
y con pincel invisible
trazase un lema en las auras,
absorto, meditabundo,
llena de inquietud el alma,
con ojos desencajados
leyó con horror:—«¡*Mañana*!!!...»



PRESENTIMIENTOS.

DON LUIS.—ELVIRA.—DON PEDRO.—EL ALMA EN PENA.

Muestra de lejos la dicha
tanto encontrado fanal,
que ignora el hombre ofuscado
en donde la dicha está.
Hácia la luz mas cercana
corre con íntimo afán,
y aunque al llegar vé el engaño
de su resplandor faláz,
dobla rebelde su empeño,
y con resuelto ademán
sigue el rastro de otra lumbre
que resurje mas allá,
y asi van muriendo dichas,

y antorchas naciendo van,
y el hombre las sigue todas,
al lado de cada cual
suspira, llora y alienta,
para correr mas y mas.

Por eso don Luis el dia
de su brillante esponsal,
cuanto mas se acerca al gusto
lo vé desde mas atrás;
que es atributo preciso
de nuestra estrella fatal,
que el placer que vimos lejos,
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude á veces
alguna sombra tenáz
que sigue á su mente inquieta
como el acero al imán,
pues siendo un sér increado,
fantásticamente real,
va y viene con terco empeño
donde don Luis viene y va.
Confuso embrion de envidias,
de celos y de maldad,
de oscuros presentimientos
tan pródigo manantial,
que cuando á su amante Elvira

torna risueño la faz,
solo mira en ella á un áspid
que va en su pecho á abrigar.
Norte de desconfianzas,
brújula de enemistad,
pues vé pasar receloso,
con la inquietud de un rival,
á todo el que en tono alegre,
en la apariencia galán,
canta de su esposa Elvira
la peregrina beldad,
y hasta el disimulo observa,
mas receloso quizá,
de cuantos viendo su dicha
indiferentes están,
odiando, hecho un cáos su juicio
del mas insondable mar,
á unos porque mas hablan,
y á otros porque callan mas.

¡Triste condicion del hombre,
que levantando un altar
donde el afán acumula
de toda su larga edad,
la inquietud de algun recelo,
el sinsabor de un azar,
le impelen á que destroze
sus ídolos suspicáz,

viendo miserablemente
entre sus plantas rodar
el fruto de tantos años,
el premio de tanto afán!

En medio de sus placeres
devora á don Luis un mal
de orijen desconocido,
pero de aguda entidad,
que en el ardor de su fiebre
no acierta à calificar,
pues solo ha visto una sombra,
pero una sombra no mas,
que era quizá la de Irene,
si no era un ánjel quizá,
la que de su mente ciega
se esfuerza por desechar;
y asi entre dudas confuso,
de distinguirla incapáz,
ahogando presentimientos,
ríe en su fiesta nupcial,
trocada en infierno el alma,
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto
en algazara infernal,
ya de la escitante orquesta
al voluptuoso compás,
ya en el festin descocado,
en impura bacanal,
de copas y de botellas
al atronador chocar,
unos bailan, y otros gritan,
porque en órjia tan brutal
nadie ignora que sin tregua
manda la necesidad
gritar mientras que haya acento,
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos
busque la felicidad,
y crea ver en los rostros
de Elvira y don Luis la paz,
mientras que aquella forjando
algun sacrílego plan,
se cubre de la sonrisa
con el mentido disfráz,
y éste las llagas oculta
de un invisible puñal
que el corazon lentamente
despedazándole está.

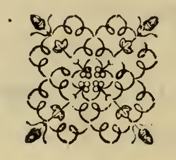
Entre el monton de quimeras,
que le desconciertan mas,
pretende huir la zozobra
de un recelo pertinaz,
que le conduce, abismado,
y le arrastra á su pesar
donde don Pedro de Lara
camina con torva faz,
ya hácia abajo, ya hácia arriba,
ora adelante, ora atrás;
y en vano don Luis procura
los ojos de él apartar,
pues le persigue, llevado
de su celosa ansiedad,
cual si el poder la arrastrára
de un secreto talismán;
y si una vez por acaso
el rostro vuelve al pasar,
otra vez vuelve, y le mira
con mas chocante desmán,
pues le parece que al punto
cruza el aire una deidad
que le murmura al oido:
—«Allí va Lara, allí vá.»

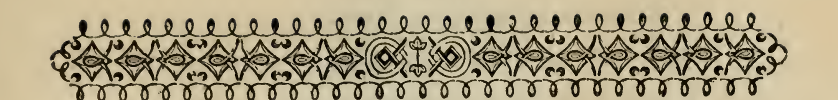
Y si es cierto que las sombras
de los que murieron ya
á cuantos séres amaron
vuelven á la tierra á amar,
sin que ellos tengan noticia

de su constante amistad,
pues solo las ven soñando
en lontananza pasar,
tal vez los manes de Irene
los que le avisan serán
el doble trato de Elvira,
de Lara la falsedad,
y acaso tambien le inspiren
aquel instinto especial
con que sondea sus almas,
cuando engañándole están,
don Pedro finjiendo enojos,
mostrando Elvira soláz.

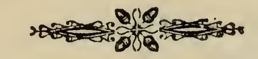
Rayó por fin la alta noche,
y como en jiro cabal,
el sueño sigue al desvelo,
y al gusto la saciedad,
á dormitarse empezaron
todos cual menos, cual mas,
que lo que es grato al principio,
es desabrido al final.

Y huyendo de los curiosos
la despedida mordáz,
sus dicharachos comunes,
y su ironía vulgar,
tendió don Luis una mano
á su adorada mitad,
y de una puerta secreta,
al trasponer el umbral,
en vano quiso de Irene
la sombra tras sí dejar;
pues á su espíritu asida,
en tétrica vaguedad,
le fue siguiendo, su pecho
trocando en llama voráz,
por lo que airado el de Castro
de sí empezó á blasfemar,
que del deber los recuerdos
son para el hombre un dogál.





ILUSIONES PERDIDAS.



DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Desde el dintel de la vida,
hasta el borde de la tumba,
va el hombre sembrando el jérmen
de su dicha ó desventura.
Y en vano, si espinas coje,
maldice la tierra inculta,
pues creer que nace otro fruto
mas que el que siembra, es locura.
Arroja al aire atrevido
mil esperanzas confusas,
que son de mil desengaños
tantas imájenes turbias.

Levanta en su idea faros
para que alumbren su ruta,
y nubes de pensamientos
sus resplandores ofuscan.
Por los tormentos que hoy sufre
impreca á su suerte dura,
é ignora que ayer sembraba
los males que hoy le circundan.
Si de ayer el devaneo
los males de hoy nos anuncia,
el de hoy podrá ser mañana
de nuestro bien sepultura.
Y jamás llamára el hombre
á su providencia injusta,
si antes de entrar en la huesa
volviese á mirar su cuna.

Así á lo doble atendiendo
de su pasada conducta,
es fuerza que resignado
don Luis sus tormentos sufra.
Nubló la dicha de Irene
con sus engaños y dudas,
y con sus dudas y engaños
nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desórden
de sus ajitadas nupcias,
la soledad por testigo
de sus confidencias buscan.
Y solo en la oculta estancia
se vé á una luz moribunda
del blando lecho en que duermen
el cortinaje que ondula.....

¡Mil veces feliz quien logra
tocar así la ventura,
y en ella á saciarse impuros
todos sus anhelos junta!
¡Y mil y mil veces triste,
el que en horrible tortura
mira usurpar el tesoro
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso
es cuando en la noche oscura
voluptuosas escenas
la imajinacion dibuja,
y se vé á un sér adorado
terciar amoroso en una,
y que á un rival mas dichoso
besa su boca perjura!
En vano entre ambos entonces

nuestro pensamiento cruza,
de nuestro amor escitando
reminiscencias oscuras,
pues abrumados al peso
de tan sabrosa coyunda,
piensan en sus gustos solo
hacer sus caricias mútuas,
sin que un recuerdo consagren
á nuestras glorias ya mustias,
ni un dón á nuestra constancia,
ni un premio á nuestra ternura!
¡En vano en jiro invisible
allí nuestra mente lucha,
y con añejas memorias
desavenencias formula,
porque dos almas, que el gusto
recíprocamente auna,
jamas de un voto el recuerdo
sus contentamientos turba,
y uno tras otro, estasiados,
placer tras placer consuman,
mientras que tristes nosotros
ninguno enjugar procura
las lágrimas que entretanto
por nuestra faz se derrumban!
¡Insoportable martirio,
cuando, en postracion tan suma,
nuestra esperanza en el aire
sombras acaso figura
que venideros placeres
tan solo en sombras anuncian,

mientras pasando la noche
negra, silenciosa, augusta,
con su soledad nos dice:
—“ ¡Jamas! imposible!! nunca!!! »

Al ver inquietud tan honda
es de creer que en su angustia
don Luis batalla en idea
con un espectro sin duda.
No halla del placer el colmo
trabado en la lid impura,
aunque al sentido estragado
estímulos acumula.
Es por demás que de Elvira
bese la boca de púrpura,
y que ella á su vez le bese
con amorosa ternura;
porque don Luis, hostigado
por una sombra importuna,
hozando, en vez de placeres,
á tragos la hiel apura.
Imájen que á sus sentidos
llamando con voces mudas,
cual sér etéreo filtrado
de su sér mismo en la hechura,
yerta entumece sus miembros,
dentro de sus venas pulsa,
ciega la luz de sus ojos,
y entre las sienes le zumba.

¿Quiénes serán esos séres
que imperceptibles circulan,
eternos verdugos siendo
de nuestra humana natura,
que ya de remordimientos
el falso aspecto simulan,
ya de pasados errores
hoscos recuerdos apuntan?

¡Triste de él, cuando acudiendo
de su impotencia en ayuda,
don Luis se arroja del lecho
en donde el placer repulsa,
y vé deshacerse al aire
sus dichas una por una,
porque á la vez en su pecho
amor y flaqueza luchan!
¡Cuitado cuando tendiendo,
desde el asiento que ocupa
hácia la mesa en que débil
la luz ilumina turbia,
una mirada sombría,
cuanto sombría iracunda,
acierta á leer papeles
de antiguas memorias tumba,
rotos pedazos del alma,
sombras de muertas venturas,

frases de amor elocuentes,
cifras de dolor sañudas,
tal vez de Irene regadas
con làgrimas de amargura!

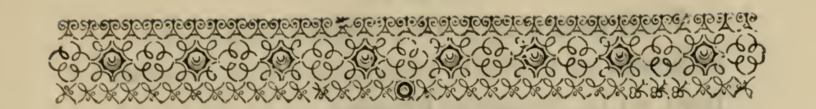
—«¿A qué proseguís, impío,
mi esperanza alimentando,
si en vano os estoy, bien mio,
noche tras noche esperando?»
. . . .
«Si Dios les dà el sufrimiento
por el mal con que ellos dañan,
¡mucho ha de ser el tormento
de los amantes que engañan!»
. . . .
. . . .
. . . .
«Y si á mi amorosa holganza
burlasen tus juramentos,
¡plegue á Dios que á tu esperanza
labren sepulcro los vientos!»
. . . .
. . . .
. . . .
«Sin tí me halla el claro dia,
y sin tí, porque mas pene,
me encuentra la noche umbría.
¡Sola!.... ¡siempre sola!!....—Irene.»

Y en el confuso delirio,
que sus potencias ofusca,
alzó los ojos al cielo,
por cuyas sendas cerúleas
viendo la imájen de Irene
cruzar silenciosa y pura:
—«¡Irene, ánjel ó demonio,
que asi mis contentos turbas,
perdon!!»—esclama, y el rostro
entre las manos sepulta;
mientras que Elvira, á otro lado
el jesto tornando mustia,
horribles imprecaciones
en són de rezo murmura.



SEGUNDA PARTE.

DEMONIO-ANJEL.



EL MEJOR CASTIGO EL TIEMPO.

De cuántas dichas traidoras
forjar á nuestra alma plugo,
el tiempo el mejor verdugo,
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vánse los años,
y con mentidas holganzas,
siempre en cambio de esperanzas
se compran los desengaños.

Tal don Luis á cada instante
en mengua de su reposo
fiel recuerda siendo esposo
dichas que gozó de amante.

Y del tiempo que va y viene,
ardiendo en la oculta pira,
llora en los brazos de Elvira
tristes recuerdos de Irene.

Asi de añejos amores
vivimos enamorados,
y asi los gustos pasados
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano
de los mundanales séres
es de amores y placeres
el mayor el mas lejano.

Aunque sueña en su estravío
con el amor de una muerta,
de una hija la dicha cierta
de don Luis templa el hastío.

Pues le da á un padre un destello
Dios de su luz soberana,
al darle una hija, como Ana,
de alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores
debe ser su última queja,
si al morir el hombre deja
quien vierta en su tumba flores.

Que aunque un recuerdo en la vida
sea una dicha ilusoria,
tanto vale una memoria
entre quien todo lo olvida.

Si á Irene en su desacuerdo
prodigó en vida desdenes,
es el mayor de sus bienes
desque murió su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,
en su error indefinible,
se prenda de lo imposible,
y lo imposible no alcanza.

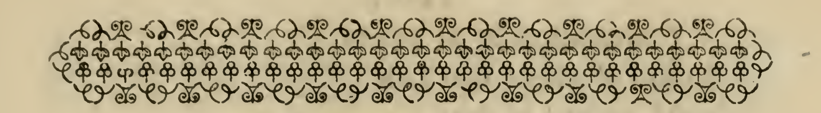
Viendo su imájen risueña,
pese á la imájen de Elvira,
con ella al velar delira,
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca
la desdeñó cruelmente,
hoy la traen á su mente
cuanto oye, imajina y toca.

Que los males ó alegrías
que en el corazon se asientan,
los traen, cambian ó ahuyentan,
yendo y viniendo los dias.

Y en vano al hado enemigo
llamar el hombre procura,
que es de la humana locura
el tiempo el mejor castigo.





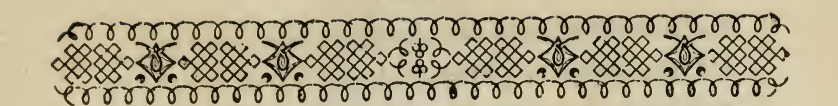
TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA.

—«Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que en rencor profundo
os dé para el otro mundo
con este acero un mensaje.»

«Y aunque con portes humanos
las manos á la cabeza
veis que no álzo á los villanos,
sé ponerles con destreza
la cabeza entre las manos.»—

Y arrancándole al criado
furioso el pliego don Luis,
apeló aquel á la fuga
al ver su ademan hostil.
Y este, el papel estrujando,
entre jurar y jemir:
—« Faltó á la red una malla, »
dijo despues para sí,
« bueno será que ya preso
el pez se escurra sutíl,
y cauto á los pescadores
enrede en su mismo ardid.»—

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardin,
la fuga del mensajero
volvió á mirar de perfil,
quien aun corriendo seguia
por el opuesto confin,
que como el valor presta alas,
da el miedo pies para huir.



AMOR CON AMOR SE PAGA.



DON LUIS.

Trémulo don Luis el pliego
desdobla poco despues
sentado frente á una mesa
en la que alumbra un quinqué.
Al ver la letra, su sangre
se arremolinó en su sien,
de sus rencores anuncio,
de una catástrofe pié.
Y golpeándose la frente:
—«Huyó con efecto el pez,»
dijo, y derramó una lágrima.
«Quiera Dios que pare en bien.

Y entre las manos las siènes,
los ojos sobre el papel,
rumiando frase por frase
asi una tras de otra lée:

—« Aunque teniéndoos presente
don Pedro os ame rendida,
dejad que os repita ausente
que es vuestra siempre mi vida.»

« Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imájen, soñando. »

« Bien sé que amándoos sin tino
mancho el honor de un tercero,
pero él me enseñó el camino,
á otra engañando primero.»

« Irene á mi esposo amaba,
cuando yo á vos os queria:
y cuando yo á él le engañaba,
él á Irene amor mentía.»

«Dóile pues el desengaño
que labró su torpe lengua;
como la engañó, le engaño;
matar á un traidor no es mengua.»

«Que os debo querer, no hay duda;
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.
Ana, vuestra hija, os saluda.»—

—«¡No era mia!...—el triste padre
con infantil candidez,
transido prorumpió entonces;
y luego otra vez, y cien,
—«¡No era mia!!»—murmuraba,
vertiendo por llanto hiel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

¡Ay del corazon del hombre,
si el amoroso cincél
en su espesor lentamente
labrando una imájen fue,
pues ya el sacrílego amaño
de alguna torpe dobléz,
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fé,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,
y cuando el traslado arrancan
sale el corazon con él!

—«¡No era mia!,.. ¡No era mia!!...»
gritaba en su afan cruel.
—«Pues mueran entrambas,»—dijo;
y airado tornó á leer:

—«Luis á Irene ha tiempo nombra
con amante desvarío:
si todo en el mundo es sombra,
lo mismo es su amor que el mio.»

«Y aunque uno á otro nos odiamos,
en nuestros locos estremos
callamos, porque miramos
que andamos cuanto corremos.»

«Yo le miento placentera:
él mentiroso me halaga:
si él es falso, yo embustera:
amor con amor se paga.»

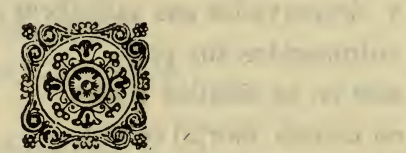
Cuando nuestra alma estremece
de la fortuna un vaiven,
de cuyo estrago los ojos
el fin no aciertan á ver,
ata nuestra voz el pasmo,
y nuestra mente un cancel:
el corazon malherido
deja sus alas caér:
las làgrimas que á los ojos
aun no se asomaron bien,

vuelven por la misma senda
al pecho exequias à hacer;
làgrimas que idolatradas,
si no la animan tal vez,
mueren con ella en el fondo
del alma que las dió el ser.

¡Pobre don Luis que, privado
de amor y honor à la vez,
perdió con prendas tan caras
el sentimiento tambien,
y desmayados sus miembros,
entumecidos sus pies,
solo en su estático rostro
en mezcla mortal se ven
lo estúpido de la infancia,
lo débil de la vejez!

¡Y mas triste todavía
cuando en reaccion cruel
aglomerada su sangre
vuelve en las venas á arder,
sus miembros se vigorizan,
torna á transpirar su tez,
y una y mil veces trabado
en violentos traspiés,
mide furioso la estancia
desde una á la otra pared,
hasta que un puñal asiendo
en ánsia de no sé qué,

clamó, cual si desalado
corriese trás no sé quién:
—«¡Amor con amor se paga:
tiene razon mi mujer!»





EL ANJEL DE LA GUARDA.



I.

DON LUIS.

Execraciones lanzando
en los estremos de su ira,
llegó don Luis á la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,
rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento á una esquina
en donde en confuso aspecto
el lecho de Ana divisa.

Asiendo con ruda mano
las misteriosas cortinas,
ya iba aquel pecho tan vírjen
á desgarrar parricida,
cuando las soltó, impelido
de una repugnante grima,
con el afan batallando
de esas sensaciones íntimas,
que emanándose espontáneas
de su contestura misma,
sin prevenciones ni amagos
el corazon nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
de un padre la suerte indigna,
cuando por un caso de honra,
tal vez por una mentira,
dar ofendido la muerte
pretende á quien dió la vida,
y un ídolo edificando,
para aventarle en cenizas,
mece una mano su cuna,
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando
del honor voces malditas,
ilusiones en que débil
la humana flaqueza estriba,
tuvieron del asesino
la voluntad indecisa,
hasta que brotando en su alma
preocupaciones impías,

que revelaban del mundo
sarcásticas invectivas,
corrido, desesperado,
por una irónica risa
que se enjendró en su conciencia,
clamó infeliz:—«hija mia!!»—
y descolgando el acero
sobre las holandas finas,
tan crudos golpes reparte
que el corazon petrifican.

Y mientras don Luis la muerte
aquí y allí disemina,
sin conocer ofuscado
que el aire solo acuchilla;
Ana en el jardin contempla
la luz de la luna tibia,
ante la cual jiran sombras,
partos de su fantasía;
y asi encuentra delirando
gustos en vez de desdichas,
que no son los que mas yerran
los que en el mundo deliran.

EL ANJEL DE LA GUARDA.

II.

ANA.—EL ALMA EN PENA.

¡Bien haya la inocencia,
precioso dón del justo,
que sin broquel robusto
su frájil existencia
guarda la Providencia
con su poder augusto!
Deslízase la vida
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado,
como fugáz paloma
por un cielo de aroma

cruza con pompa suma,
ó cual botado esquife
sin miedo á un arrecife
órza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana
que con tranquilo pecho
deja el amor del lecho
por respirar temprana
la brisa que serena
en noche tan amena
murmura á su ventana!
Miden sus ojos bellos
del campo las alfombras,
y ven sombras, y sombras,
vagar á los destellos
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aun cree escuchar alguna
que la murmura queda:
—«Baja á los campos, niña,
halle tu alma inocente
refujio en la campiña.
¡Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja
cabe tu hermosa frente!
Deja el monte eminente:
baja á los campos, baja.»—

Y dócil á su acento,
con infantíl contento,
de la tendida vega,
donde el volcán no llega,
movió su pie inconstante
por el floreal camino,
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,
desoye, revelado,
la voz de su destino.

La augusta perspectiva
que vé como soñando,
y el aura que oye esquiva
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
á cuyo centro oscuro
parece que á un conjuro
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,
hermoso sin segundo,
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes;
y vénse perfecciones
de no vistos amantes;
y se aspira la esencia

de unas flores sin nombre,
que esquivan la presencia
de la mansion del hombre;
y míranse las danzas
de plantas fujitivas,
risueñas lontananzas,
citas de amor furtivas;
porque una noche clara
de sombras nunca avara,
tantos prodijios junta
en almas hechiceras,
si en ellas ya despunta
la edad de las quimeras.

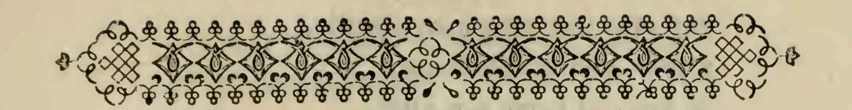
Rayando la mañana
tocó á su fin la luna,
y al ver las sombras Ana
deslizarse una á una,
y que insensible huia
la mas idolatrada,
creyó que de callada
pasando, la decia:
—«Ya viene la mañana;
vuélvete, niña, al lecho
dó no amaga tu pecho
la antes hambrienta fiera.
Llora á los tristes, Ana:
Torna al redil, cordera.»—
Y á la luz matutina,
del sol que empezó á alzarse,

la imájen peregrina
vió de Irene alejarse,
cual íris inseguro
que ya sin fuerza alguna
un débil claro-oscuro
esparce desteñido;
ó cual rayo de luna,
que acaso con mancilla
mas enturbia que brilla
á los del sol tendido.

Y al ver las limpias huellas
Ana, del claro dia
que intenso destruia
sus ilusiones bellas,
la lumbre maldiciendo
del sol que iba creciendo,
traspuso la distancia
de su vecina estancia,
hallando de esta suerte
el sueño mas tranquilo
allí donde há tan poco
que con intento loco
sentó con mano fuerte
de su guadaña el filo
la inexorable muerte.

¡Cuánto fueran distintos
los mas funestos hados,
si siguiesen lanzados
los hombres con anhelo
los májicos instintos
que les inspira el cielo!





LUCHA CON EL DESTINO.

DON LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA.

Al ver el lecho vacío,
en amarga transicion,
tiñó de don Luis el rostro
mas que la rábia el pudor.
Y de sí mismo afrentado
de la estancia de Ana huyó,
cual buscando de la sombra
asilo en el espesor;
y á solas con ciego encono
golpeándose el corazon,
jimió de sí con desprecio,
y de vergüenza lloró;

que mas que pese á su orgullo,
y pese á su propio amor,
se ven, al verse tan viles,
tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo
reconcentró su furor,
y al aposento de Elvira
su rábia le encaminó;
porque detener al hombre
tan solo pudiera Dios,
cuando ya empezó el camino
de su eternal perdicion.
Y en vano en tan duro trance
de un espíritu el amor
pretende obstruirle el paso
en fantástica ilusion;
y en vano sus turbios ojos
jirando ante ellos nubló,
y desconcertó su mente,
y ahogó su respiracion,
porque don Luis despeñado
sin luz, sin alma y sin voz,
hasta la estancia de Elvira
colérico se arrastró;
pues siempre con el destino
lucha el hombre con valor,
aunque siempre al ser postrado
jime con vil abyeccion.

Reposa Elvira en el lecho,
y al desacorde rumor
que hizo al abrirse la puerta
cuando en sus goznes rodó,
ni tuvo de alzar los ojos
la mas fugáz tentacion,
porque tambien duerme el crímen
tras el desvelo traidor.
Y vanamente en el alma
una celeste vision
como inspirados acentos
piadosa le murmuró
secretas voces de huida,
palabras de salvacion,
oscuras frases del cielo,
ecos de un sér velador,
pues ensimismada entonces
en su tenaz postracion,
necia de escuchar se abstuvo
séres que tanto ofendió.
¡Mas ay! que al fin desoyendo
instintos del corazon,
pronto vió enfrente á su esposo
que con aspecto feroz
audáz sorteaba su seno,
y en ánsias mortales:—¡Oh!!!—
pudo pronunciar apenas
su labio con muerto són,
porque de su blanco pecho,
formando un profundo hervor,
se abocaron por la herida
la sangre á un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,
con satánico furor
ni lágrimas ni suspiros
en holocausto rindió,
porque tan viles crueldades
en casos tan tristes, son
ínfulas que dá el orgullo,
alientos que dá el honor:
y á la luz nocturna que entra
por el contiguo balcon,
sobre una mesa, tranquilo,
así á escribir se sentó:

«Don Pedro, mi esposa ha muerto.
Yo soy noble: vos galante:
y es quimera,
que la que, con trato incierto,
esposo tuvo y amante,
sola muera.»

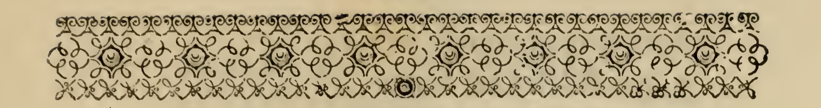
«Sitio,—la playa:—hora,—ahora:
las armas,—una á los dos
satisfaga:
si una daga á la traidora
dió muerte, déosla á vos
—una daga.»

«Rogad á Dios... O vuestra ira
me alzará el padron maldito

que hoy arrastro.
¿Vísteis la sangre de Elvira?
Pues ved con qué tinta he escrito.
—Luis de Castro.»—

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando á su alma
un dardo la compasion,
de sí mismo, y de su crímen,
de allí huyendo se alejó;
y al sér que labró su infamia,
pero que encendió su amor,
solemnizarle á sus ojos
en las tinieblas dejó;
y doblando de la noche
con sus quejas el horror,
dijo así el triste, llorando,
ó así decirlo pensó:

—«¡Caed sin vergüenza orgullo,
llorad sin afrenta honor,
que de llanto y de deshonras
sepulcro las sombras son!!!»



HONOR Y AMOR HACEN LOCOS.

DON LUIS.—DON PEDRO.—EL ALMA EN PENA.

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,
y el paso, como el que espera,
pára, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras convulsos sus labios
murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que el corazon del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imájen se le presente

de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo són entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crímen á solas,
que cuando ardiente al cerebro
la sàngre en monton se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frota!
¡Quién le volviera á los dias
de mas alegres auroras,
cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó à cuando rayó su infancia,
ó á otra edad mas remota;
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una à una
las vá recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de dó salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DON LUIS.

Salud, don Pedro de Lara.

DON PEDRO.

Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios
se desprendieron tan hondas,
que ambos con mútuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS.

Mucho don Pedro tardásteis.

DON PEDRO.

Cual me habeis aconsejado
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliásteis?

DON LUIS.

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO.

Pues vamos, don Luis.

DON LUIS.

Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
clamó don Luis, estendiendo
al aire una banda roja:

DON LUIS.

Con esta, si no os asombra,
nos ataréмos, don Pedro.

DON PEDRO.

A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS.

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO.

Si, desasirnos podemos....

DON LUIS.

¡Huir!... ¿tan cobarde fuérais?...

DON PEDRO.

¡Huir!... ¿y creer pudiérais?...

DON LUIS.

Pues atemos.

DON PEDRO.

Pues atemos.

Y al alargarse las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.
Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,
presas las siniestras manos,
y alto el puñal en las otras.

—Tened, pese á vuestro encono,
las aun no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imajinaciones locas
¿A qué Dios rendis impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramais gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja;
—al amor,—honor—y orgullo!—.
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombras!!!
Amáina don Luis la furia
de tu pasion rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.
¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo comun! de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!
Deten el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quien ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos,
nieblas del aire traidoras.

Tente, don Luis, porque en tierra
á dar vas ciego de cólera.
Atrás, don Pedro: ¿qué noble
debe á un traspiés la victoria?
¿Y á dónde estás en tal cuita,
imájen de Irene hermosa,
que en són de paz sus afanes
no departes mediadora?
Sin duda tu acento no oyen,
que hombres que á tanto se arrojan,
no es mucho, no, que del cielo
voces internas desoigan.
Cesad, que ya de los rostros
la sangre á torrentes brota.
Cia, don Pedro, que mueres.
El paso don Luis acorta.
¡Ay, que mejor que el alfanje
casi el furor os ahoga!...
El pecho don Pedro esquiva:
corre... vuela... el paso dobla...
Alza, don Luis, el acero...
ten... oye... ¡misericordia!...
¡Triste de vos el de Lara,
si el cielo ya no os perdona!! —

A la maldicion postrera
que exhaló don Pedro ronca,
quedaron del asesino
ciegas las potencias todas;
y mientras la calma espera

con resignacion estóica,
el mutilado cadáver
asido al brazo le encorva.
En vano el acero busca
del campo sobre la alfombra,
para evadirse del peso
que cruelmente le agobia,
pues al sepultarle airado
con la indignacion mas loca,
quedó del triste don Pedro
entre las entrañas cóncavas;
é inútilmente su diestra
las ligaduras destroza,
por ver si un piadoso esfuerzo
de sí el cadáver arroja,
que la invisible potencia
de una deidad misteriosa
parece que al mismo crímen
al criminal aprisiona.

Entre el insondable cáos
que todo su sér trastorna,
crée ver los jestos horribles
de mil figuras diabólicas
que asen del muerto, doblando
el peso que le acongoja,
y huye, arrastrando el cadáver
que le demandan las sombras,
sin escuchar sus ahullidos,
carcajadas estentóreas,
que pavoroso el infierno
en señal de triunfo aborta.

Y es inútil, si contrito
la gracia de Dios no implora,
que huya, rompiendo los lazos
que á padecer le eslabonan,
pues mientras que el mundo cruce,
que jire, que pare, ó corra,
siempre dejando el infierno,
verá que su senda cortan,
ya la sombra del amante,
ya la imájen de la esposa;
y aunque no tan crudamente
como á él le acosan ahora,
á cuantos al mundo nacen
remordimientos acosan,
si no del brazo pendientes,
asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado
en confusion espantosa
los gritos de la conciencia
que calladamente asordan,
corre el de Castro, ya viendo
simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman;
y trasluciendo entre nubes
de Irene la blanca sombra,
único faro que alumbra
al infeliz que se ahoga,
por su presencia alentado
corre gritando:—«¡perdona!»—
y ella:—«¡sígueme!»—responde,

cual eco de su voz propia,
y siempre asido al cadáver
que entre las peñas destroza,
de la desterrada amante
sigue la luz misteriosa,
luz que para el pobre Castro
es de la esperanza copia,
pues la luz de la esperanza
es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo
desde el crisol de la gloria,
por mas que su paso obstruyan
las nieblas calijinosas,
se debe ver del infierno
hasta de las grutas lóbregas.

¡Oh, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas espía
con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
en el horror de su cólera,
pudiera imponer mas duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima á quien inmola,
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno
para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,

simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas espía
con amarguras tan hondas!

Y con el ánsia del triste
que una esperanza remota
vé tras la impía falanje
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel:—«¡sígueme!»—que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquella,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.



DIOS ES PIADOSO.

DON LUIS.—EL ALMA EN PENA.

Sobre los rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,

tambien los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
tambien como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas mas salubres.

Vanamente sus memórias
don Luis al morir reune,
porque á su eterna partida
con el perdon le saluden,
pues solemnizan tan solo
sus últimas inquietudes,
cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,

y vió ante el Señor postrada
de Irene la imájen dulce,
que ya olvidando á sù muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdon en demanda
de Dios á los piés acude.

¡Bien haya amen la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á espiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas:
cuantos quemeis á la virtud incienso
conmigo prorumpid:—«¡Bendita seas!»—

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre vandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los séres de otro mundo
junto á nosotros jimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Si, desvandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
jimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fria
con tanto amor se paga,
¡cuándo la luz de la existencia mia
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorumpe;
y de su gracia impulsado,
sobre arrebolada nube
delante de Irene un ánjel
á dar el perdon acude
al alma que, atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la càrcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco despues se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ánjel sube.

FIN.

INDICE.



289586 LS
C198ay

Author Campoamor y Campoosorio, Ramón de

Title Ayes del alma.

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

